

CAPITULO XXIX.

Accion de Cerro-Gordo.

El doctor, en cuanto se vió en la calle, corrió á su casa, recogió cuanto pudo en alhajas, dinero y papeles; montó en un caballo, y salió de la capital antes de que pudiesen sospechar que él era le matador de Duval.

Su afan era llegar á Veracruz.

La plaza estaba sitiada desde el dia 9 de Marzo, por los Norte-Americanos, y habia pensado reunirse á ellos para volver triunfante á la capital, y recoger todo lo que se habia visto obligado á abandonar en su precipitada fuga.

Con la muerte de Duval, podian los gira-

dores de las libranzas, que tenia en su poder, cambiar de pensamiento, y no quiso exponerse á recibir el terrible golpe de que al presentarse á cobrarlas, se las respaldasen por un nuevo aviso.

El génio del mal, que parecia empeñado en protegerle, hizo que encontrase al ejército invasor en marcha hácia México, apoderado de Veracruz por capitulacion el 27, y se agregó á él como voluntario de caballería.

Pronto su instruccion, su conocimiento del país y del idioma, y el valor que habia desplegado en algunos encuentros parciales, le alcanzaron el grado de capitán.

Los sócios subalternos que habian salido conduciendo á Soledad hácia el puerto, recibieron orden de venir con el convoy de tras del ejército, como simples particulares que traian una enferma en la litera.

El general Santa-Anna, con la actividad que le era característica, habia reunido en Cerro-Gordo un ejército de 14 mil hombres, para contener los avances del enemigo y vencerle en una batalla.

Las brigadas de los generales Pinzon y Rangel, las compañías de nacionales de Jaapa y Coatepec, mandadas por el valiente capitán Mata, y la sufrida y benemérita división que había combatido en la Angostura, fueron llegando al campo, deseando medir sus armas con las de sus odiosos contrarios.

Estos se presentaron á los pocos días en el Plan del Río, y los mexicanos activaron, en lo posible, los trabajos de las fortificaciones.

El teniente coronel Robles, cuya reputación, como hombre de saber y de valor, estaba bien sentada en el ejército, y cuyo nombre se había hecho notable durante el sitio de Veracruz, había mandado alzar al borde de los tres ramales de las lomas de la derecha, un parapeto que tuviese por principal objeto, puesto que se carecía de elementos para construirlo sólidamente, marcar las líneas en que, colocadas las piezas de artillería, y ordenada la infantería, los fuegos fueran desde aquel punto eficaces para barrer á bala y metralla el terreno que te-

nían que cruzar los invasores para asaltar las posiciones. El coronel Cano, infatigable también y lleno de ardor pátrio, había cortado el camino en el punto que éste cambia de dirección á la falda derecha del Telégrafo, y colocó allí una batería de grueso calibre, practicando á la vez un camino cubierto que conducía á las posiciones de la derecha. No con menos acierto había formado el general Alcorta una tala circular en la cima del cerro mencionado, en la cual situó una batería de cuatro piezas de á cuatro. En el centro de esta obra, flameaba vistoso, y enardeciendo con su vista el corazón del soldado, el pabellón nacional. Mas á la izquierda, solo se veían espesísimos breñales y barrancas, que el general Santa-Anna daba por cierto ser inaccesibles.

El ejército enemigo había acampado sobre el camino, enfrente á las posiciones de la derecha, como á tres cuartos de legua de distancia.

Era la noche del 17 de Abril.

Los Norte-Americanos, despues de ha-

ber intentado un ataque para reconocer las posiciones de sus contrarios, se habian retirado rechazados vigorosamente por las tropas mexicanas.

Los invasores descansaban en sus tiendas de las fatigas del combate, para volver al siguiente dia á dar uno decisivo y sangriento.

Solo un capitán de caballeria permanecia sentado en la suya hablando con un hombre, que por su traje revelaba no pertenecer al ejército.

—Dentro de pocos dias estaremos en la capital.—Decia el primero apurando un trago de vino de una botella que tenia al lado, y que se la ofreció luego á su interlocutor.—Mañana será la batalla, y despues ya no encontraremos dificultad ninguna en el camino.

—Lo que es el ejército, no; pero ¿quién nos libra á los que venimos en el convoy, de la guerrilla del padre Jarauta, de ese español que se ha propuesto no dejarnos dormir tranquilos?

—¿Tiene vd. miedo, acaso?

—Por mí, no.

—Pues ¿por quién?

—Por el tesoro que nos ha dado vd. á guardar.

—Gracias.

—Ya vé vd., señor Willey, que si llegase á caer la litera en que viene Adela en manos de él, ó de cualquiera otro guerrillero mexicano, de los muchos que hay, todas las esperanzas de vd. en conseguir el amor de esa jóven, por quien tanto ha gastado, vendrian por tierra en un instante.

—Lo sé; y por lo mismo no sucederá: al primer tiro que yo escuche hácia ese rumbo, acudiré inmediatamente.

—Lo que es por nuestra parte, siempre estaremos vigilando.

—Sí; es preciso no dejarse sorprender.

—Llevamos ya nueve dias de estar enfrente al enemigo, y esta inaccion, que atribuyen á cobardía los contrarios, ha dado bríos á las guerrillas, y á los que estamos algo retirados, cuidados muy serios.

—Le aseguro á vd. que mañana será la

accion decisiva, y que despues nada tendremos que temer.

—Dios lo quiera.

—¿Y Adela cómo se encuentra?

—Triste y hermosa como siempre.

—¿Y sigue maldiciendo mi nombre?

—Ahora mas que nunca; porque dice que á los males que por vd. sufre y á la crueldad con que la sacó vd. de su casa, reune vd. el delito de haberse unido á las filas de los que destruyen su patria, olvidándose de los favores que ha recibido vd. en este hermoso país.

—Ya haremos de manera que se le vaya quitando su rencor contra mí.

—Pronto se docilitará.

—Lo que le encargo á vd. es, que á nadie se le permita hablar con ella.

—De eso no hay cuidado.

—Que todos crean que es mi mujer, y que va enferma.

—Así lo decimos.

—¿Y le ha dejado vd. bien custodiada?

—Mis dos compañeros no se apartan de su lado; y si yo me he separado estos ins-

tantes, ha sido porque era preciso que viniese por dinero para nuestros crecidos gastos.

—Puee ya lleva vd. lo necesario ahora.

—Y algo mas.

—¿Desea vd. otra cosa?

—Nada, si no que Dios nos dé la victoria mañana.

—Así lo espero. ¿Y dónde anda Eugenia, la leal carcelera de Luz? Se me presentó en cuanto llegó de México, y no la he vuelto á ver.

—Es que está muy ocupada.

—¿Y en qué?

—Con lo que sacó de servir á vd. ha puesto una magnífica cantina entre los trenistas, y viene ganando el dinero que quiere.

—Me alegro infinito.

—Adios, señor Willey.

—Adios.

Y el doctor, no bien se alejó el hombre con quien habia estado hablando, se acostó vestido y armado en su tienda de campaña, para descansar las horas que faltaban de la noche.

Entre tanto, en el campamento mexicano, se trabajaba con actividad.

Los entendidos jefes de ingenieros, Robles y Cano, hacían en el cerro las fortificaciones más urgentes; y el general en jefe hizo subir á él dos piezas de á doce y una de á diez y seis, servidas por inteligentes artilleros.

Para no perdonar diligencia alguna que pudiese contribuir al triunfo, envió una orden al general Arteaga, que en el mismo día 17 había llegado á Jalapa con su brigada, compuesta de los batallones activos y de Guardia Nacional de Puebla, para que se pudiese inmediatamente en marcha hácia Cerro-Gordo.

Todo era animación en el campo mexicano.

En vez de tiendas de campaña, se habían levantado ligeras barracas, que daban una vista pintoresca al campamento.

Junto á una de éstas se paseaba un joven oficial, de franca fisonomía, del brazo de otro joven que, por sus insignias, indicaba ser médico del ejército.

—Hoy ha sido día de gloria y de satisfacción para vd., querido Rafael.

—Sí, amigo D. Juan. Apenas acababa de recibir la carta de mi leal amigo Nuñez, donde me comunica la grata nueva de estar Luz libre de las garras de su inícuo raptor, cuando la victoria ha venido á sonreírnos, rechazando al enemigo.

—Ahora no deseará vd. la muerte, como en la Angostura.

—No: ahora, D. Juan, quiero vivir para amar, para ser feliz y hacer la felicidad de la mujer más virtuosa de la tierra.

—¿Y vd. nada ha podido averiguar ni escribir á Nuñez, con respeto á la simpática Adela?

—Nada; tengo ese sentimiento.

—¿Pero el padre Enrique que fué su confesor?

—Ignora lo que ha sido de ella.

—Es decir que lo único que se sabe, por lo que confesó Duval al morir es, que el raptor fué Willey, y que la hizo salir hácia Veracruz en una litera.

—Eso es lo que Nuñez me escribe en su carta.

—Yo lo sospechaba desde hace mucho tiempo.

—Y yo me alegro de que él sea.

—¿Por qué?

—Porque mañana le buscaré en el combate para obligarle á que me confiese el sitio en que la oculta.

—Vd. es médico, y su profesion reclama sus cuidados al lado de los heridos.

—Pero...

—Nada. Buscarle, combatir con él, vencerle y obligarle á que ponga en libertad al hechicero sér que tiene cautivo, me toca á mí que soy militar, y lo haré con todo el placer de mi corazon.

—Gracias.

—Estoy seguro de que D. Félix, el antiguo dependiente de Flan, ahora que se halla libre, no perdonará medio alguno para encontrar á la que daba el dulce título de prima, y quiero ver si yo logro, antes que él, llevar la feliz nueva al generoso Nuñez.

—¡Pobre Félix! Tambien ha padecido

bastante por causa de nuestro enemigo comun.

—Como que se vió ya en las garras del verdugo.

—Cierto; pero por fortuna aquel susto le ha sido recompensado generosamente, segun me escribe Nuñez en la misma carta que he recibido.

—¿De veras?

—Hoy es uno de los primeros capitalistas de México.

—¿Cómo?

—Registrando la justicia los papeles del señor Flan, sobre cuyos bienes se echó el gobierno creyendo que habia muerto sin testar, se encontró un testamento en toda forma, donde nombraba por herederos de cuanto tenia, á su dependiente y á Soledad, cuyo verdadero nombre es Adela.

—¿Será posible?

—No cabe duda.

—¿Qué felicidad!

—Así es que el gobierno ha tenido que devolver los bienes, y D. Félix se encuen-

tra hoy girando todo el capital, interin aparece la jóven.

—¿Quiere decir que Nuñez está llamado á ser poderoso?

—En cuanto aparezca Adela, y se enlace á ella.

—¡Oh! ahora mas que nunca deseo que llegue la hora del combate para buscar á ese infame Willey, y arrancar de sus manos á su inocente víctima.

—Y la arrancaremos.

—De esa manera su matrimonio con Nuñez, y el de vd. con la hermosa Luz, se efecturá en un mismo dia.

—Así se lo escribo.

—¿Y de Leopoldo y Clotilde, qué le dice á vd?

—Que el valiente artista ha diferido su enlace con la jóven que idolatra, para despues de terminada la campaña abierta contra el invasor; pues teniendo el deber de combatir en defensa de la patria, juzga imprudente unirse á la mujer que ama, condenándola á vivir en continuo sobresalto

por su vida, en los instantes que debe consagrársela toda entera.

—Y piensa en eso con la rectitud y juicio que acostumbra.

—Su espera será bien corta, porque vencido, como espero, mañana el enemigo, tendrá éste que huir á reembarcarse, y la paz quedará afianzada para siempre.

—Esa misma esperanza me halaga.

Un toque de corneta interrumpió aquel diálogo.

—Es órden.—Dijo el jóven oficial.—Voy á ver lo que ocurre.

—Y yo á visitar á los heridos que tuvimos en la accion de esta tarde.

—Adios, D. Rafael.

—Adios, D. Juan.

Y el intrépido jóven se acercó al general Santa-Anna, que se ocupaba en persona, en aquel momento, en situar una bateria á la orilla del camino, á la boca de una boscosa barranca, casi delante del cuartel general.

Algunos cañonazos disparados del cerro del Telégrafo, por órden del general Vaz-

quez que mandaba aquel punto, manifestaba que los Norte-Americanos se ocupaban en establecer, amparados por las sombras de la noche, alguna batería en el cerro de la Atalaya, hácia donde se dirijian los disparos.

Y en efecto era así.

El invasor trabajaba con asombrosa actividad, y hacia sus preparativos de ataque para el próximo día.

Los mexicanos estaban impacientes porque éste llegase.

Por fin amaneció el día 18.

El estruendo del cañon enemigo fué la salva con que se saludó á la aurora.

La batería que, durante la noche, habian conseguido colocar en la Atalaya los invasores, fué la primera que rompió sus fuegos sobre el cerro del Telégrafo, que contestó por su parte, con vigor y acierto.

El general Santa-Anna acababa de situar la batería, de que antes hicimos mencion, á la orilla del camino, y los ingenieros Robles y Cano construían, bajo los fuegos ene-

migos, obras ligeras en la falda del cerro del Telégrafo.

Las posiciones de la derecha y del centro de la línea, estaban defendidas por las mismas valientes fuerzas que desde antes habian estado en ellas: al 1º y 2º Ligeros, que al amanecer habian bajado á tomar el rancho, se les ordenó que subiesen al cerro, lo que efectuaron en el acto: la derecha, la volvió á ocupar el 6º de infantería, que contaba con gente entusiasta y bien dispuesta: el 4º de línea, que tan bizarramente se habia conducido el día 17, quedó defendiendo el mismo sitio en que tan severa leccion habia dado al invasor. Sobre el camino se situó la caballería que habia llegado por la noche de Corrar-Falso, apoyando su derecha enfrente á una batería muy bien dotada, que se acababa de establecer y que se hallaba sostenida por el batallon de infantería número 11, mientras los cuerpos ligeros, 3º y 4º, permanecian formados tambien en el camino, dispuestos para marchar al sitio que se les señalase.

Este era el orden que el ejército mexica-

no guardaba antes de que saliese el sol. A los primeros rayos de la luz del día, comenzó el fuego de cañon, que fué siendo mas nutrido entre los cerros, llegando á su cederse los disparos de cañon con una prontitud extraordinaria. Los invasores, provistos de todos los elementos de guerra, que traian en abundancia, lanzaban como una constante lluvia, granadas, cohetes y toda clase de proyectiles sobre el cerro y el camino, causando no pocas víctimas, pero sin lograr disminuir en lo mas mínimo el entusiasmo de los que defendian aquellos puntos. Los Norte-Americanos, queriendo aprovechar aquellós instantes en que creian á los mexicanos dominados del terror que causa el ver constantemente sobre nuestras cabezas el elemento de muerte que amenaza destruirnos, avanzaban formados en varias columnas por detras de la Atalaya, y por las escabrosidades del frente de la izquierda mexicana, procurando presentar el menos flanco posible. Dispuesta de esta manera la fuerza invasora, á eso de las siete de la mañana, una de sus columnas, al mando

del general Twigs, emprendió el ataque sobre el Telégrafo.

Establecida la batería de la izquierda por el activo general en jefe Santa-Anna, que recorria todos los puntos con una intrepidez sin ejemplo, marchó sin detenerse á las posiciones de la derecha, observando siempre los movimientos del enemigo. Al pasar la batería que se hallaba en el centro, se detuvo un instante, y notando desde aquel punto el nutrido fuego de cañon que hacian las tropas mexicanas, envió un ayudante, recomendando al general Vazquez que economizase las municiones para emplearlas con mas provecho cuando se acercase el invasor, y que pudiese á su gente al abrigo de los fuegos enemigos. Cuando el general Santa-Anna, de vuelta de visitar todos los puntos, se hallaba próximo al Telégrafo, se rompia un vivo fuego de fusilería, y activo y previsor, hizo que inmediatamente subieran los batallones 3º y 4º ligeros, en auxilio de los compañeros de armas que defendian heroicamente aquel punto.

Los Norte-Americanos, cubriéndose con

los árboles, arbustos y maleza que abundaban en el terreno que traían, y dividiéndose en tiradores, avanzaban á paso veloz para que sus víctimas fueran menos.

Sobre los ligeros parapetos que se habian empezado á construir esa misma mañana y que apenas estaban comenzados, marchaba resuelto el invasor, haciendo todos los esfuerzos posibles por desalojar de ellos al 3º de línea, 2º ligero, y parte del 4º, que se defendian con notable valor.

No menos esfuerzos hacian los invasores sobre la izquierda del Telégrafo, que estaba defendida por el 4º de línea, y sobre la derecha, donde, como la tarde anterior, se hallaba el 6º de infantería, tratando de rechazar al enemigo como lo habia hecho la víspera. Pocos instantes después de comenzado el combate, la artillería dejó de obrar, á causa de la proximidad á que estaban los combatientes, y solo se hizo uso de la fusilería, que hacia un fuego tan vivo, como era el ardor de la lucha.

La muerte, extendiendo sus negras alas, se mecía encima de uno y otro campo, sem-

brando de víctimas la tierra, y la caprichosa victoria, gozándose en la sangre que al fombraba el suelo, dudaba á qué ejército inclinarse, si al que defendia la justicia, ó al que intentaba la usurpacion.

Pero entre tanto las balas cruzaban en todas direcciones, y mil y mil proyectiles huecos descendian de una espesa nube de humo, en que se hallaban envueltos los combatientes, sedientos de contraria sangre. Los soldados mexicanos, mandados por dignos oficiales, habian resuelto morir antes que abandonar el punto que defendian, y rodeados por todas partes de enemigos, caian á centenares, vendiendo caras sus vidas. No se contaban menos víctimas entre las filas Norte-Americanas; pero á los soldados invasores que morian, reemplazaban inmediatamente otros, mientras no habia gente con que cubrir los huecos que en los cuerpos mexicanos dejaba la muerte.

El valiente comandante de artillería, Palacios, que habia hecho prodigios de valor, cayó herido en quel momento, atravesado el cuerpo por varias balas enemigas, y el ge-